

J.M.G. Le Clézio

*Azar*

seguido del relato

*Angoli Mala*

Traducción de Mariano García



Adriana Hidalgo editora

Le Clézio, J.M.G.  
Azar: Angoli Mala / J.M.G. Le Clézio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2016  
304 p.; 19 x 14 cm. - (narrativas)

Traducción de: Mariano García  
ISBN 978-987-3793-87-5

1. Literatura Francesa. I. García, Mariano, trad. II. Título.  
CDD 843

*narrativas*

Título original: *Hasard suivi d'Angoli Mala*

Traducción: Mariano García

Editor: Fabián Lebenglik

Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina

1ª edición en España

© Éditions Gallimard 1999

© Adriana Hidalgo editora S.A., 2016

[www.adrianahidalgo.com](http://www.adrianahidalgo.com)

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-3793-87-5

ISBN España: 978-84-15851-84-4

*Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication  
de l'Institut français.*

Esta obra ha sido beneficiada del apoyo de los Programas de ayuda  
a la publicación del Institut français.

Impreso en Argentina

*Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito  
de la editorial. Todos los derechos reservados.

AZAR

Para Pat, Amy, Anna.  
En recuerdo de Richard (Hughes),  
John (Flanders) y Senovia.

## AZZAR

El *Azzar* ha vuelto.<sup>1</sup>

Nasima recuerda muy bien la primera vez que lo vio. Fue unos días antes del 4 de julio. La base americana estaba cerrada desde hacía años, pero Villefranche rebosaba de marineros en sus uniformes blancos. Había hecho muy buen tiempo, excepcionalmente frío, con un cielo claro y el mar de un azul oscuro alisado por el viento. Era por la mañana, Nadia había bajado con ella hasta el camino de ronda y contemplaba el mar apretando tan fuerte la mano de Nasima que le hacía mal.

Ella lo vio llegar. Aun antes de haber franqueado el horizonte era visible, su vela mayor triangular superaba la línea del mar. El sol la encendía como una tea blanca.

Luego subió hacia tierra firme. Sus velas inmensas estaban desplegadas de cada lado, hubiérase dicho una majestuosa oca blanca que llegaba del otro mundo. Avanzó derecho hasta la entrada del puerto. Nadia permaneció sin poder moverse. Seguía sosteniendo a Nasima

---

<sup>1</sup> Se conserva la grafía original del autor, que empero no corresponde a los conceptos castellanos de *azar* ni de *azahar* aludidos más adelante [N. del T.].

tan fuerte de la mano que le hacía daño. Por fin ambas bajaron corriendo hacia el puerto sin recobrar el aliento.

El buque estaba averiado en medio de la ensenada, las velas arriadas. Se veían siluetas agitarse sobre la cubierta, gente que ribeteaba la lona, se oían voces que resonaban sobre el agua lisa en el silencio de la bahía y la fricción de la cadena del ancla en el escobén.

Nasima no olvidó esa mañana, era mágico. Ella creía que algo así no podía detenerse, que algo así tenía que durar meses, años, para siempre. Ella estaba ahí, inmóvil sobre el muelle de honor, con la mano de Nadia estrujando la suya, sin pensar, casi sin respirar. El gran barco giraba alrededor de sus amarras, lentamente, a merced de la corriente. Había estremecimientos sobre el mar, el viento encendía destellos. Los mástiles del barco eran tan altos que a su lado todo parecía pequeño, indiferente.

Nasima observaba fijamente, como si temiese que pasara algo, que un bote se soltara del casco, o que izaran de nuevo las velas y que el barco tornase hacia el horizonte y partiera para siempre. Su corazón latía con fuerza, su rostro ardía a causa del viento frío, del sol, de la impaciencia. Mucho tiempo después, al volver a pensar en ello, seguía sintiendo ese ardor, esa palpitación. Una electricidad en la punta de los dedos, una impaciencia. Esa mano vuelta extraña, que apretaba tan fuerte, con pasión, con odio. Era una imagen, tan sólo una imagen. Antes de la llegada del *Azzar*, Nasima era niña. Después, supo que debía partir, como Kergas, para nunca volver. Abandonar todo lo que conocía, convertirse en otra.

## NASIMA

En la época en que conoció a Kergas, Nadia Richard era enfermera en el hospital. En la familia, todo el mundo la había prevenido. Una no puede casarse con un antillano, por más doctor en medicina que sea. Un día se cansa y se va. Pero Nadia no hizo más que lo que le vino en gana y dejó de ver a sus hermanas y a sus padres. Ella había creído que su verdadera familia estaba allá lejos, en Martinica. Algo completamente insensato.

En lo sucesivo, debió retomar un puesto de enfermera. Cada mañana partía con su pequeño maletín y no volvía hasta la noche, taciturna, extenuada. También estaba Cherif, un muchacho que había tomado a Nasima bajo su protección. Tenía dieciocho años cuando ella no contaba más de doce o trece, y ya afirmaba que se casaría con ella un día, cuando alcanzara la edad. Era grande, serio, algo encorvado y flaco, con el pelo corto y la piel negra, y por eso no costaba creer que fueran hermano y hermana.

Pennedepie, la casa blanca de postigos azules, el jardín, el perro, los peces rojos y los conejos grises, todo estaba acabado. Kergas había dejado deudas. Había sido necesario vender todo muy deprisa, hacerse con el dinero y subir al tren, hacia el otro extremo del país,

hacia otro mar. Todo, el auto, los muebles, los discos, los libros, aun las plantas en tiestos. Como el perro era viejo, casi ciego, Nadia lo había sacrificado. Era imaginario. Era inimaginable. Los recuerdos son pieles muertas, los recuerdos asfixian.

El hombre con el que había vivido, el padre de Nasima, no existía. Se había embarcado a bordo de un gran velero que daría la vuelta al mundo, donde probablemente se necesitaba un médico. Cuando Nadia comprendió que iba a perderlo todo, que no salvaría nada de la rapacidad de los acreedores, también tomó la decisión de irse. Pennedepie debía ser borrada.

Un día, Nasima volvió de la escuela y todo había terminado. Nadia había regalado los conejos con su caseta, había vertido los peces en el lavabo de una residencia de ancianos donde hacía suplencias. Había inyectado una burbuja de aire en la arteria poplítea del perro; los pinchazos eran su especialidad. La casa estaba vacía como un hangar, el eco de los pasos que resonaba entre las paredes asustó a Nasima. Le pareció que oía caminar a un fantasma. Ni siquiera había ya cortinas en las ventanas.

En su habitación, Nadia colocó dos colchones en el suelo, uno para ella y otro para Nasima. Una vela en un vaso cuando la electricidad fue cortada. De noche, antes de dormir, para combatir el frío del invierno que se rezagaba, ella encendía un fuego en la chimenea del salón, quemaba periódicos, cajas, cualquier cosa. Nasima tenía la impresión de vivir una aventura. Ella también arrojó todas sus cosas, las muñecas, las revistas, incluso la colección de

estampillas que Kergas había traído de sus viajes, de África del Sur, de la India, de Trinidad y Tobago.

Una mañana se fueron como ladronas. Tomaron el autobús, el tren, y después de días y días llegaron aquí, a Villefranche, porque no podían ir más lejos. Nadia tenía con qué sobrevivir por tres meses. Encontró un puesto en un gabinete de enfermeras, filial del hospital americano. Nasima se convirtió en otra persona. Casi ha olvidado.

Nasima había pasado todos esos años esperando. No sabía muy bien lo que esperaba, solamente tenía ese hueco en el centro de su cuerpo, un vacío. La escuela, el liceo. El aburrimiento. Los paseos por el camino de ronda de la ciudadela, mirando el mar. Nadia se iba cada mañana, volvía por la noche, refunfuñaba.

—¡Si me hubieran dicho que tendría que volver a empezar a los cuarenta años!

Ella no hablaba mucho, salvo para dar órdenes o para quejarse. Su rostro estaba endurecido, encerrado, vuelto todavía más impenetrable por un par de gafas (monturas de plástico marrón aportadas por la seguridad social) que usaba para leer o para zurcir. Antes ella tenía una hermosa cabellera rubia cenicienta, ondulada, profunda. Nasima adoraba ocultarse en ella, envolverse, respirar su olor, para reír, para hacer que se disolviese una pena. Un tiempo después de su llegada aquí, Nadia había cortado todo con grandes tijeretazos. Al volver de la escuela, Nasima la había encontrado sentada sobre el taburete de la cocina, la cabeza casi calva. Su madre había encogido de golpe, parecía

enjuta y fatigada, con un rostro transparente donde sus ojos azules se veían todavía más desteñidos. Nasima no sabía si debía reír o llorar, pero la expresión en la mirada de Nadia le había advertido: lo que está hecho está hecho.

Era su atuendo de guerrera. Nadia había anulado toda posibilidad de ser feliz. Había borrado el pasado junto con la gracia ondulante de su cabellera, había abolido la infancia de Nasima en Pennedepie, el cine, la mesa servida, los grandes platos de arroz con coco y las ensaladas exóticas que Kergas adoraba. Incluso había prohibido a Nasima pronunciar ese nombre; ella solamente decía: K.

El nombre de su padre. Nasima pensaba en ese hombre que había partido a la aventura, veía su alta estatura, sus ojos claros que refulgían en el rostro oscuro. Ojos de perro, que veían aun en la noche. Su nombre, Nasim, significaba el viento que lo había llevado. Era demasiado ligero para vivir con ellas. Era demasiado ligero para resistir al viento, y el viento se lo había llevado como a los pájaros.

Entonces esta vieja población colgada de la ladera de la montaña por encima del mar era el entorno soñado para hacer la guerra al mundo. Una ciudad sombría y mineral, sin jardines, sin pájaros salvo las palomas torpes pululando como pulgas, a veces las gaviotas quejumbrosas que inventariaban basura, y esas callejuelas húmedas donde era de noche a las cuatro de la tarde. Y bajando las calles, el puerto con los bares sospechosos donde los últimos americanos del mundo se aferraban a *juke-boxes* junto a muchachas empalagosas.

La única belleza aquí era el mar. No el mar verde, orlado de largas olas, que K la llevaba a ver a veces a la

playa de Touquet, ni un puerto industrial, con grandes dársenas de agua grasienta como en el Havre, sino más bien un lago negro, resplandeciente, a veces duro e inaccesible, a veces conmovedor.

Nadia Richard nunca más fue a la orilla del mar. No se acercaba a las playas, sobre todo cuando llegaba el verano. Odiaba el mar, algo que Nasima había terminado por comprender, tal vez simplemente porque K lo había preferido antes que a ella. Sus días libres, Nadia los pasaba encerrada en su casa, los postigos cerrados, sentada en su cama, cosiendo o haciendo sus cuentas, la nariz calzada con las consabidas gafas. En invierno se envolvía en una manta escocesa, la mirada perdida en la pantalla rojiza de la estufa de gas butano, observando la llama ondular como una piel venenosa. Las paredes del departamento rezumaban, el agua goteaba contra las ventanas. Nadia desdeñaba la vieja tele que había comprado para Nasima. Su mirada no se apartaba de la pantalla del hornillo.

–Es esa mi televisión –decía.

A veces comenzaba a leer un libro que su hija había sacado de la biblioteca circulante, una novela, que arrojaba muy pronto con este único comentario:

–No veo cuál es el punto de esta historia.

Para ella, el mundo no era otra cosa que tonterías, mentiras. Lo único en lo que creía era en el dolor físico.

Nasima salía con Cherif. Un día él la tomó de la mano para caminar por la calle. Ella quiso retirar su mano, y como la apretaba muy fuerte, ella pensó que sería importante

para él y lo dejó hacer. Era un juego, él hacía como si fuera algo natural. Nasima tenía un poco de vergüenza, pero a partir de ese día tomó la costumbre de darle la mano al caminar. Simplemente esperaba a que estuviesen un poco alejados de la calle de Mayo. No quería que la vecina le contara a su madre.

Cherif gozaba de toda la familia que Nasima jamás había tenido. Tenía un papá de verdad, una mamá, una abuela como las que se ven en las películas, teñida con alheña, sentada en un amplio sofá donde reinaba cual emperatriz, dando órdenes a un ejército de mujeres y de nietos. Se llamaba Fátima. De golpe había simpatizado con Nasima, aunque no fuera musulmana. La llamaba con suaves palabras en árabe, como *ya kbidti*, mi hígado, o *benti laaziza*, mi hija querida. También le decía *sarsara*, grillo, porque era tan menuda y tan negra. Sobre una gran bandeja de cobre le servían el té con dulces tunecinos y los niños y las mujeres se sentaban en el suelo, la espalda contra almohadones, para ver la tele de soslayo, las películas almibaradas que a Nadia la sacaban de quicio, o bien Fátima ponía un casete en el aparato de radio y ella escuchaba la música egipcia, siria, tunecina, voces de mujeres que cantaban alto, gemidos de violines, y las dos hermanitas de Cherif que jugaban al ritmo de la darbuka. Era un torbellino de ruidos, de olores, en el pequeño departamento, a Nasima la cabeza le daba vueltas. Olvidaba todo, reía y aplaudía de corazón. La madre de Cherif le hablaba en árabe, y Cherif le traducía. Ella había aprendido pedazos de frases, del estilo: *La, choukar allah wajib*,

o bien *saha*, cuando un chiquillo volvía del peluquero. Había aprendido incluso algunas malas palabras gracias a los hermanos pequeños, pero eso hacía enojar a Cherif.

El padre de Cherif trabajaba en los astilleros navales Saremito, y por eso Cherif era aprendiz allí. Su madre hacía la limpieza para los ricos del Cuerno de Oro, villas encaramadas por encima del mar, con piscinas y jardines suspendidos. Su hermana mayor estaba de novia y esperaba el día del casamiento; trabajaba en una fábrica de vaqueros en Mónaco. Al que Nasima prefería era a Murad, el hermano más joven de Cherif. Ocho años, un montón de pelo rizado, ojos brillantes y negros como ágatas, Nasima lo apodaba Mowgli. A él eso le daba risa, porque todo lo que conocía era a Michael Jackson. Lo imitaba muy bien, bailando delante de la tele. Con Cherif salían juntos, Nasima le daba la mano izquierda, con la mano derecha en la mano de Cherif. Formaban un equipo gracioso. Un día fueron atacados en el camino de ronda, delincuentes con cascos y cadenas. Pero Cherif era alto y fuerte, mantuvo a raya a los gamberros con una piedra grande en la mano: “¡Al primero que avance le rompo la cabeza!”. En ese momento, Nasima corrió con Murad a toda prisa hacia la dársena, con el corazón en la boca. Después de aquello, Murad le dio solemnemente su navaja de muelle y le enseñó cómo usarla. Ese día, Nasima se sintió distinta. Como si hubiera dos personas en ella, y un día tuviese que elegir. Jamás había pensado así hasta entonces. Eso le hacía mal, y pensaba también en Kergas, la manera en que se había ido, dejándolas



solas en el mundo, a Nadia y a ella. Comenzó a odiarlo seriamente. Como si, al partir, hubiese resquebrajado algo en su interior; quizás él había trazado la frontera que separa a los muertos de los vivos. La navaja la utilizó por primera vez contra ella misma. Acostada en su cama, por la noche, apoyaba la punta sobre su pecho, entre los senos, para sentir los latidos remontando la hoja. Cada noche apoyaba un poco más fuerte, hasta que una gota de sangre negra perló la piel.

El *Azzar* estaba allí, solo en el centro de la rada, como si hubiese vuelto a buscar algo o a alguien.

Cada mañana, desde que despertaba, Nasima corría hasta el fuerte, el corazón desbocado, como para una cita. El barco estaba siempre ahí, y sin embargo, no parecía el mismo. Unas veces estaba girado hacia alta mar, listo para partir. O bien se colocaba de costado, y se veía claramente cada cordaje, cada silueta sobre la cubierta. La jarcia alargada, cada obenque, cada estay. Algunas mañanas, la vela mayor estaba izada, no del todo tendida sobre el mástil, formando una curva hacia afuera, y Nasima podía distinguir en transparencia los tendones de madera muy delgados que se asemejaban a las nervaduras de una gran hoja. Nasima se había acostumbrado a verlo. Ya no le producía miedo, era una imagen amigable, familiar. Un gran animal que descansaba solo sobre su llanura, lanzando a Nasima una invitación silenciosa. Fue en ese instante que Nasima pensó por primera vez en acercarse a él, en deslizarse en barco hasta la gran cubierta blanca, para tocarla, para estar a la sombra de su cuerpo. Pero pese a todo lo que dijo, Cherif no quería saber nada. “¿Estás loca? ¡Mi patrón me mataría!” El *dinghy* de Saremito se balanceaba en el extremo de su cabestro, sobre el agua grasienta de la dársena. Ir remando suavemente, en el crepúsculo, hasta el navío, deslizarse bajo la roda, como en un sueño.

Una mañana, había una lona blanca tendida entre los estayes, como una tienda de campaña, y Nasima imaginaba al capitán recostado en una hamaca, contemplando en plena ensoñación las nubes en el horizonte. Al prestar oídos, escuchó un ruido agudo y ligero que corría hacia la superficie del mar. Cherif no entendía nada.

—Sí, escucha, es algo que hace yiii, ¿no lo sientes? —Él meneaba la cabeza—. Estoy segura de que es alguien que toca el violín a bordo, ¿te parece que será Moguer?

Moguer, Juan Moguer, uno de los hombres más ricos del mundo, tocando el violín en su hamaca. Todo el mundo hablaba de Juan Moguer, de las películas que había dirigido, del dinero que gastaba, de sus fantasías. Cuando oyó esta música, Nasima experimentó placer, como si este descubrimiento justificara de repente el interés que ella dedicaba al *Azzar*.

Cherif no la seguía en sus vaticinios. Cuando Nasima se sentaba en el camino de ronda, los ojos fijos en el *Azzar*, él esperaba un momento, luego se iba gruñendo.

—¡No podría importarme menos, tu actor y su barco de película!

A Nasima le parecía un poco raro que estuviera celoso.

—Por empezar, él no es actor, él es el que hace las películas, ¿comprendes?

Cherif alzaba los hombros. Probablemente nunca había pensado que alguien hiciera las películas. Pero si él estaba celoso, eso quería decir que Moguer podía realmente interesarse en ella, que ella ya no era una muchachita transparente, encerrada en el departamento de la calle de Mayo.

Moguer iba a tierra de tanto en tanto. Era imprevisible. El bote se separaba del barco, atravesaba el estanque hasta el muelle de honor. Iba sin prisa, el marinero malgache de pie en la parte de atrás, su pie posado sobre la palanca de gas, Moguer adelante, sentado sobre el borde, cubierto con su extraño sombrero de pesca de tela. Pero por muy lento que fueran, Nasima no llegaba al puerto antes que ellos. Moguer tenía citas de trabajo, un taxi venía a buscarlo y lo llevaba a toda velocidad por la ruta, hacia Mónaco. Nasima no sabía por qué era tan importante para ella distinguir a Moguer tras el vidrio ahumado del Mercedes. Tal vez era sólo curiosidad. Tal vez ella esperaba vagamente algo, que la mirara, que le hablara, encontrarse a bordo del barco y que toda su vida cambiara. Ella era prisionera y él lo podía todo, él era el hombre libre, el que parte y vuelve cuando quiere, el que se lanza en su barco como un corsario, como un ave de presa.

Un domingo —era el primero de diciembre— cuando menos lo esperaba, Nasima se lo cruzó. No veía el bote, quizás porque Moguer no había dormido a bordo, y ningún taxi vino a buscarlo. Sólo había un coche gris que esperaba en la esquina del café de la dársena, y uno o dos pescadores instalados en la terraza, debajo de las sombrillas. En un momento, un grupito de gente pasó caminando por el malecón, y cuando llegaron delante del agua Nasima reconoció a Moguer entre ellos. No llevaba su gorro de pesca, vestía un traje claro, zapatos negros

lustrados. Estaba en medio del grupo, y cuando pasó delante de Nasima él la observó sin escuchar lo que decían los otros, o bien escuchándolos con oído distraído, y sus ojos se arrugaron un poco, con una expresión divertida, un poco burlona, y una sonrisita, como si dijera en voz baja: “¡Ya te vi!”.

Tan sorprendida estaba Nasima que apenas tuvo tiempo de sonreír un poco, sintiendo la sangre que calentaba sus mejillas y su cuello; la mirada de Juan Moguer era una especie de cuerda tendida que vibraba hasta el fondo de su corazón. Un segundo más tarde, la puerta del vehículo gris se abrió y Nasima pudo entrever a su mujer, una mujer grande y hermosa de pelo rojo, la piel de un blanco lechoso. Juan Moguer subió a la parte trasera del coche, cerró la puerta con su vidrio ahumado y la gente que estaba en las mesas aplaudió tontamente, como si se tratara de una escena de cine que se desarrollaba delante de ellos. Era grotesco y Nasima tenía vergüenza, pensaba en lo que Cherif hubiera dicho.

Nasima sentía despecho, cólera, contra ella misma, contra Moguer. Lo que le había pasado a Nadia, su soledad, la pérdida de todo, el exilio en el departamento húmedo y oscuro de la calle de Mayo, eso a él le importaba un bledo. Era como K, no quería saber nada, y por eso Nasima lo detestó. Nada podía cambiar, entonces, ella seguiría prisionera, transparente, exactamente un *sarsara*, un pequeño insecto negro en el rincón de la chimenea. Era necesario que partiese, que abandonara todo.

Por la noche hubo fuegos de artificio y el *Azzar* brillaba con todas sus guirnaldas como una torta de cumpleaños, vagamente ridículo, algo excesivo, un verdadero barco de cine, había pensado Nasima. Entonces ella tomó su decisión. No incluyó a nadie en el secreto. Tan sólo escribió una nota, en una página de cuaderno, para Nadia, para decirle que no sabía cuándo volvería. Descendió hasta la dársena, soltó la amarra de una barca y remó silenciosamente hasta el centro de la rada. Hacía frío, la luna estaba magnífica. Ella se estremecía, tenía un sentimiento muy fuerte de irrealidad. No llevaba consigo más que su bolso y una manta tomada de su cama. La barca rozó el casco de la nave, ella encontró el portalón que descendía sin llegar al agua. Empujó la barca con un golpe de talón y se deslizó sobre la cubierta, con mucha lentitud, para no hacer crujir los listones, se arrastró hacia adelante, y se acurrucó contra el baúl de las velas. Permaneció allí, con los ojos abiertos, mirando la noche, esperando que el barco se fuera.

## MOGUER

A los cincuenta y ocho años, Juan Moguer se encontraba más bien en su decadencia. Había vivido hasta entonces sin preocupación, en un torbellino de dinero, de gastos, de mujeres. Siempre atacado por las revistas, alegremente perseguido por aquellos mismos que lo habían adorado públicamente y que habían contribuido a su fortuna.

Para sus cincuenta años, Moguer había hecho una locura. Había realizado su sueño de chiquilín, mandando construir según sus planos, en los astilleros navales de Turku en Finlandia, un velero de ochenta pies principalmente en caoba, estilizado como un ala de albatros, al que había dado el nombre de *Azzar*, en recuerdo de la pequeña flor del naranjo que adornaba la cara feliz del dado con el cual él se medía con la fortuna, cuando era adolescente en Barcelona, en las Ramblas. Durante la realización del navío había velado hasta por los menores detalles, eligiendo las variedades que revestían el interior, la decoración, y cada elemento que debía contribuir a hacer del *Azzar* a la vez su residencia ideal y su oficina de producción.

Había dedicado un cuidado particular al camarote delantero –lo llamaba pomposamente el camarote del armador– diseñando una cama monumental y triangular

que ocupaba el extremo de la proa. Una cama donde los sueños tenían que poder prolongarse más allá del dormir, entre cortinas de satén negro, una suerte de balsa de lujo para deriva amorosa, o simplemente un olvido del mundo en el balanceo sedoso de las olas contra la roda, en alguna parte entre las islas y la tierra firme. Contiguo a la habitación había mandado acondicionar un cuarto de baño en madera gris, desde cuya inmensa bañera turquesa podía adivinar la línea oscura del horizonte. Finalmente, como no quería depender de nadie, se las ingenió en todo lo que podía simplificar la maniobra, conectando los cabrestantes y los cordajes a un tablero eléctrico que podía manejar solo desde la caseta del timón. La vela mayor y la vela de mesana se enrollaban sobre sus botavaras y el trinquete sobre su estay.

Era lo que siempre había querido. Ser libre. Desembarazarse de todos sus bienes inmuebles y terrestres, sus departamentos en Nueva York, en Barcelona, sus muebles, sus autos, sus baratijas acumuladas en el curso de veinticinco años de cine, las condecoraciones y las recompensas, las cartas y recortes de prensa, los regalos, las fotos, los recuerdos. No había conservado más que lo necesario, aquello que necesitaba para continuar trabajando, aquello que pudiera entrar en el espacio del navío.

Sin duda era la soledad lo que había guiado su elección. Después de su divorcio de Sarah, después de tanta celebridad, de tanta ligereza, Juan Moguer había comprendido por fin que se encontraba absolutamente solo. No estaba rodeado sino de servidores y de parásitos. Los grandes

años, en la época del rodaje de *Reino de la media luna*, sobre los cayos a lo largo de Belice, eran una ola que se retiraba, dejando lugar al silencio. Era precisamente ese silencio que siempre había esperado. Refugiado en su castillo flotante, en el *cockpit* de madera oscura donde brillaban los instrumentos de cobre, Moguer pasaba a veces largas jornadas mirando caer la lluvia en la ensenada del puerto, en Palma de Mallorca, donde volvía a pasar el invierno. O bien iba solo a la ciudad, a sentarse en una terraza de café sobre el Paseo, para fingir que leía guiones, siempre las mismas historias estúpidas que le enviaban, estúpidas y aburridas, una papilla sentimental nauseabunda. A bordo del *Azzar*, dictaba su correspondencia a una secretaria temporal, o bien recibía visitantes interesados que buscaban un apoyo, dinero, un papel mínimo. Llegaba a encerrarse en un mutismo obstinado y vengativo, una suerte de astenia mental que lo invadía poco a poco, como una droga.

Sin que pudiera llamarlo amigo suyo, el único hombre con que el que había guardado una relación sostenida era su piloto, un tal Andriamena, originario de Madagascar. Era un hombre al que no se le podía calcular la edad, alto y delgado como un adolescente, con un rostro liso, con algo de asiático pese a su piel muy negra. A bordo del *Azzar* se mantenía siempre en un silencio perfecto, discreto y tan presto a actuar como a dormir. Hablaba una lengua extraña mezcla de francés, inglés y *créole*; pero la verdad era que apenas hablaba. Por causa de su silencio Moguer

había podido soportarlo tanto tiempo. Además, y sobre todo, Andriamena era un marino extraordinario que navegaba instintivamente, sin leer los mapas ni ocuparse de los instrumentos. Capaz de adivinar el tiempo con un día de anticipación, con sólo oler el aire u observar las nubes; capaz de maniobrar sin falla a ras de los escollos; capaz de las más locas temeridades como de la mayor prudencia. Moguer lo había conocido en Palma de Mallorca el año que precedió a su travesía por el Atlántico. Andriamena había sido desembarcado allí después de una oscura pelea, sin papeles, sin equipaje, con apenas un pantalón blanco y una camisa africana, esperando una admisión. Si el *Azzar* no hubiese llegado, probablemente habría terminado en una prisión, a la espera de que las autoridades encontrasen un país donde expulsarlo. Se había instalado a bordo del navío con naturalidad, exactamente como lo habría hecho un gato. Y Moguer lo había contratado, sin duda porque le gustaba esa manera de no exigir nada, de no pedir nada y de ocupar su lugar. Andriamena había servido primero como marinero, luego había reemplazado por su cuenta a casi toda la tripulación. Cuando Moguer proyectaba un crucero un poco prolongado, Andriamena reclutaba dos marinos, un cocinero, una sirvienta. Pero durante los meses de invernada, o cuando la escala en Palma se prolongaba, despedía a esa gente y hacía el trabajo él solo. Iba al mercado, cocinaba platos a la vez picantes y repetitivos, grandes marmitas de arroz al azafrán sembradas de camarones deshidratados, y cubos de verdura sazónada con pimentón. Aquello le recordaba a Moguer su infancia,

esa suerte de pobreza áspera y obstinada que llegaba hasta el goce. Combinaba muy bien con el lujo grandilocuente de su castillo flotante.

En ocasiones él también se iba, partía sin preaviso. Decía tan sólo: “Capitán, mañana parto”. ¿A dónde iba? Se encontraba con una mujer, quizás; es lo que Moguer imaginaba. Moguer había intentado retenerlo al principio, pero era un esfuerzo inútil. No tenía ninguna certeza de que volviese, y también por eso Moguer lo apreciaba. Era imprevisible. Era un verdadero hombre de mar.

Todos esos años, Moguer había vivido al día, sin molestarse por los otros, sin miramientos en lo moral, sin precauciones. No tenía patria, por consiguiente tampoco leyes. Su patria, pensaba, se limitaba al casco del *Azzar*, un estrecho perímetro que le resultaba tan familiar y tan sensible como su propio cuerpo. Su dormitorio en triángulo, su cama negra, en la proa, el cuarto de baño, la sala común vasta como un vestíbulo de palacio, donde había organizado todos sus encuentros, sus citas de negocios y de placer, sus fiestas, sus reuniones privadas, las “pequeñas coreografías íntimas” que su director Albán montaba para él con muchachas cada vez más jóvenes.

Pero su verdadera patria había sido el mar. Cada vez que tenía suficiente dinero para olvidar el mundo y marcharse, programaba un destino y se lanzaba a la aventura en alta mar. Experimentaba la misma ebriedad que la primera vez, cuando desde el timón del *Azzar* había sentido el cuerpo del gigante deslizarse entre las olas, rodando,

trazando, haciendo crujir los aparejos, con la vibración característica del viento en los obenques, y esa impresión de peso que inflaba la vela mayor y el trinquete. Mientras tanto el *Azzar* abandonaba en los primeros días de junio de 1966 la costa de Finlandia, dejaba atrás Ahvenanmaa y las islas y se lanzaba hacia Estocolmo. Ahora volvía a considerar ese instante como si fuera ayer, la extensión del mar que resplandecía al sol, las bahías de un azul irreal, bordeadas de playas de arena blanca, y los chillidos de las gavinas en la estela. En un momento habían tenido la compañía de una alegre banda de delfines grises que caracoleaban delante de la roda. ¿Quién estaba con él en aquel primer recorrido? Stephen y Milena Kramer, Albán sin duda. ¿Angélica tal vez? O bien ella se le había unido en Estocolmo, siempre se hallaba descompuesta a bordo de los barcos, incluso cuando el mar estaba liso como un espejo. En cuanto a Sarah, ella se había negado desde el principio. Decía que le habían vaticinado un día que moriría ahogada. Se había instalado en su departamento de Londres, con Sarita. Fue el nacimiento del *Azzar* lo que la condujo a pedir el divorcio.

La llegada al mar natal fue magnífica, la felicidad de los sentidos y el placer de la revancha. Había navegado hacia Grecia, Sicilia, de isla en isla, rodeado de un halo de leyenda. Y cuando se acercaba a la Costa Azul recibió un telegrama del comandante del portaviones Enterprise invitándolo a Villefranche para la celebración del 4 de julio.

Las noches de internada en Palma, Juan Moguer hurgaba en las cajas de zapatos donde había conservado

fotos, algunas páginas de diarios viejos, de la época de *Reino de la media luna*, los borradores de guión de *Edén*. El papel se humedecía, las fotos estaban cubiertas de hongos, de cardenillos. Diez años, veinte años, la memoria se transforma en fibras, en manchas. Todo se había vuelto silencioso. Pero en la cabeza el rumor de la vida continuaba su estrépito, su música, sus cantinelas.

La primera travesía del océano, Juan Moguer no quiso compartirla con nadie. Era la mayor prueba de su vida; para llevarla a cabo quería estar solo con Andriamena. Tras la larga espera en las islas de Cabo Verde, todo el mes de diciembre, mientras se intensificaba el viento, partieron hacia el oeste, sobre un océano magníficamente calmo, en la dirección del sol poniente. La roda del *Azzar* rompía las olas sin esfuerzo, apartando las nubes de peces voladores. Sin duda Moguer no había vivido jamás un momento más intenso en su existencia. Sarah no lo podía entender. Todo el resto, los honores, el dinero, las películas, aun el amor, todo se borraba. Eran imágenes, fotos mohosas acomodadas en sus cajas de zapatos, las baratijas, los recuerdos, los trofeos que había tirado antes de irse.

El cuerpo del *Azzar* avanzaba por el medio del océano. En la cresta de cada ola que venía había colgada una cabellera de espuma que se rasgaba en el viento. El casco no gemía, no mostraba ningún signo de esfuerzo. Apenas una pequeña desaceleración antes de remontar la ola. Y siempre la vibración del mástil y de los estayes tendidos como nervios.

Por la noche, Moguer no podía dormirse. Escuchaba cada ruido, cada chirrido, cada oleada. Luego Andriamena

le tocaba el hombro, y él saltaba de su catre en el *cockpit* para tomar su turno en el timón. No era cuestión de soñar despierto en el gran lecho triangular. Ni en el cuarto de baño con su bella bañera turquesa. Por otra parte, Andriamena la utilizaba para almacenar las botellas de agua mineral. Moguer no se afeitaba más. Para lavarse, se contentaba con pasar un poco de agua potable por la cara, por el cuello. Todo estaba salado, frío, pegajoso. De noche, el océano era un demonio invisible, maligno. Se encontraban a veintidós grados de latitud norte, casi sobre la línea de Cáncer. El primer día del año habían bebido una botella de champaña refrescada en el agua de mar.

Moguer no podría olvidar jamás el momento en que el *Azzar* llegó a la visión de la primera isla. Al vigésimo sexto día de travesía (había consignado todo meticulosamente en el libro de a bordo), al alba, hacia las seis, con un mar hermoso, habían visto algo, más bien lo habían sentido, una presencia, muy cerca, por encima de la línea del horizonte, hacia el sur suroeste. Las olas ahora llevaban el barco, rodaban bajo la popa. En unos minutos apareció una larga franja de tierra oscura, bordeada de una cascada de olas rompientes. Como en la leyenda, fueron recibidos primero por un vuelo de gaviotas que rozaban sus caras, el ojo malvado clavado en esos intrusos, y derrapaban en el viento chillando. Luego se produjo la entrada triunfal en la bahía de Pointe-à-Pitre.

Era esta ebriedad la que Moguer había cultivado en adelante en la soledad. Un sentimiento de un poder infinito, algo que lo emparentaba con un rey o con un

héroe. Ser dueño de su propio destino, de su porvenir. Donde otros habrían seguido los caminos habituales, de salones en palacios, acudiendo a sus citas en paquebotes de crucero o en sus avionetas particulares, él había franqueado la prueba de este océano completamente solo con un marino taciturno. Llegaba adonde nadie lo esperaba. Podía cambiar de rumbo, ir hacia Antigua, Puerto Rico, o bien remontar el viento hacia el sur, hacia Saint Lucia, Barbados o aún más lejos, hasta Trinidad y Tobago. Luego hacia el continente salvaje, violento, sobre un mar manchado con el barro de los ríos, hacia Barranquilla, hacia Cartagena. Era libre. La fuerza de las olas había entrado en él. El viento, la luz del sol, la sal habían comido sus pestañas y quemado su cara del alba al crepúsculo. Todavía tenían para treinta días de víveres y de agua potable, todo era posible, incluido el virar al sudeste y rehacer la ruta que los corsarios seguían antaño de Brasil a la costa africana.

De pie en la punta del navío, Andriamena observaba la línea oscura de tierra donde rompían las olas. No decía nada. No demostraba deseo alguno, ninguna expectativa en particular. Aquí o allá para él era lo mismo. Era un hombre sin ataduras, sin tierra, sin familia. Jamás hablaba de un entorno que fuera suyo, de una mujer que lo esperara, de niños. ¿Sería quizás la primera vez que atravesaba el océano o ya lo había hecho? Parecía conocerlo todo y no reconocer nada. Una tarde, un par de horas antes de llegar, el viento era tan débil que no lograba hinchar la vela. Moguer lo había sorprendido frente a la mesa, examinando la carta. Con el largo de sus dedos dúctiles calculaba la

distancia que quedaba por recorrer. Se había detenido en el emplazamiento exacto de su llegada, la famosa Pointe des Châteaux, que se extendía recta como un dedo en el mar.

Todo eso había sido mucho tiempo atrás. Juan Moguer se acordaba de ese sentimiento de poderío. Entonces decía, con un orgullo de catalán: “Lo que quiero, puedo”. Y lo hacía. Así, podía pasar noches sin dormir, con Albán y otros, compañeros de rencuentro, bebiendo en los bares, escuchando la música de los guadalupeños. Era la época en que lo desafiaba todo, cedía a las apuestas más estúpidas. Cuando dejaba el barco en las Antillas para una cita en febrero en Nueva York, iba de camiseta floreada, en la tormenta de nieve, al Central Park, o en el ferry de Staten Island. Afirmaba que el frío no era más que una ilusión. Acaso se creía verdaderamente inmortal.

¿Qué edad tenía Sarah hoy? ¿Y Sarita? ¿A quién se parecía? Había recibido una foto suya, un tiempo después del divorcio. Sarita muy morocha, con una sonrisa resplandeciente, de grandes incisivos como los de su padre, justamente. Y el mismo brillo risueño, un poco insolente, en la mirada. Sarah siempre había dicho que Sarita tenía los mismos ojos que él, la misma expresión, y las pestañas largas y curvadas, las cejas muy negras, bien arqueadas. Ni una palabra en la foto, tan sólo una fecha impresa. Como una señal, ¿para decir qué? Había observado sin comprender, la había deslizado en su portafolio, y desde entonces la imagen nunca lo había abandonado, aun



cuando se ausentaba del *Azzar* para sus asuntos. Ahora, después de todos esos años, de todos esos errores, adivinaba lo que ella quería decir. Entre odio y amor. Siempre lo mismo, esos sentimientos que desbordaban, que invadían. Que te roían. La foto de Sarita adolescente, ¿enviada por quién? Por Sarah, sin duda. Típico de ella. Un gesto, apenas un gesto, sin una palabra, para resumir el desprecio y el rencor, los torrentes de lágrimas, los accesos de furia, la tentación del suicidio, el instinto de muerte.

¿La había amado a Sarah? ¿Aquello quería decir algo? Los sentimientos, un día son una cosa y al otro día son otra. Un día nos dicen que se matarían por nosotros, y luego nos detestan, no piensan más que en la venganza, peor aún, están colmados de un desprecio que nos hiela hasta la médula. Sarah era todo lo que Moguer no era: previsora, calculadora, exigente. Le gustaban las casas blancas con cortinas de tul, iluminadas con candelabros y candeleros, pobladas de recuerdos y de adornos. Había nacido rica, no sabía lo que era el hambre, el temor al mañana, esa sensación de que el horizonte se atasca. Era una chica valerosa. Había hecho esfuerzos para comprender a Moguer, le había perdonado las faltas. “¿Por qué es necesario que corras detrás de todas las faldas que pasan?” Él era un gato de avería, que no volvía sino apaleado, empujado por el hambre, para curar sus heridas. Luego volvía a partir antes de aburrirse. Pero cuando perdonaba, Sarah se asemejaba a un banquero que marca casillas en un expediente. Indudablemente el dinero había sido el gran tema en la vida de Moguer, su única pasión, su única detestación. Fue por John Danziger,

el padre de Sarah, que Moguer había conocido productores, había encontrado trabajo, como asistente de Vidor, de Capra. Ella perdonaba por el amor de Sarita. Ella quería que su hija no dudara de nada, que creyera en su padre como se cree en Papá Noel. No obstante, pese a su buena voluntad, todo se deshacía poco a poco, todo se había agriado. Ella no podía impedir decirle: “Cuando llegaste, no conocías a nadie en América, no eras absolutamente nadie”. Tan sólo un pequeño inmigrante, como Chaplin.

Y cuando el asunto de Medellín estalló, ella no lo soportó más. Fue algo más que una cana al aire, que una estrellita de Hollywood Boulevard que llevaba a un motel o a su barco para ir y venir de Bahamas. Aquello fue un acto irreparable, odioso, sacrílego. La muchacha era demasiado joven, indefensa, no merecía lo que Moguer le había hecho. Era como si la hubiese emprendido contra Sarita. En unas semanas ella obtuvo el divorcio, sin siquiera intentar volver a ver a Moguer. Los abogados habían arreglado todo. Habían transferido millones para que el nombre de Danziger no se viese ensuciado por el escándalo, y el proceso fue detenido.

Pero ella, la mestiza, la muchacha de Medellín, ¿qué edad tendría hoy? Moguer estaba sorprendido de no haber meditado en ella más a menudo. Pensándolo bien, ¿no había sido ella la única, si no inspiradora, la única instigadora de su vida? A causa de ella, gracias a ella, él había debido cambiarlo todo, cuestionarlo todo, partir de cero. Y si no pensaba más al respecto, no era por indiferencia, ni porque hubiera olvidado su nombre, su verdadero

nombre. Él pensaba: la *chabine*,<sup>2</sup> porque era ese sentimiento del color lo que le quedaba de ella. Maté. María Teresa Santangen, un nombre de cine, había pensado para *Huracán en Jamaica*, Maté, un nombre breve para una sonrisa verde, tan fina y tan delgada, ya con formas perfectas, un cuerpo largo, liso y ondulado, un culo alto y la cintura arqueada, el hueco de los riñones marcado por dos hoyuelos, verdaderos punzones del deseo, las piernas ahusadas, interminables, con talones delgados y largos pies bien planos sobre el suelo, la planta color violeta pálido.

Maté, la *chabine*. Era así como le gustaba llamarla, le había prometido llevarla consigo, dondequiera que fuese. Le enseñaría a actuar, a plantarse delante de las cámaras, sin bajar los ojos frente a la luz de los proyectores. A recitar su parte con su voz dulce, orlada de criollo, para seducir al *captain* Jonsen. Todavía ocurría que se la imaginaba allí, que alquilaba para ella una casa grande en lo alto de la ciudad antigua, en Cartagena. Soñaba en voz alta con el estreno de su película, *Huracán*. Sería su mejor película, su canto de cisne a la vida, a la belleza, al amor. Habría para Maté una gran fiesta, como para la actriz más grande de Hollywood, con ruido, fuegos artificiales, locura, oropeles polvorientos para los parásitos y polvo de estrellas para Maté. De sus ojos perplejos bebería la maravilla de la juventud, la inocencia, la gracia.

---

<sup>2</sup> En criollo antillano, *chabin* y *chabine*, respectivamente, son los hombres y mujeres de piel clara, rasgos negroides y cabello rubio o rojizo crespo, hijos de padres mestizos; puede tener connotaciones peyorativas [N. del T.].

Sí, justamente ruido, fuegos de artificio, la fiesta, es decir borrachera y comilona por las que los ricachones gozan con la pobreza del mundo. Él, Moguer, había nacido en un tacho de basura, como le gustaba contarle a Sarah por provocación. Nacido con el cráneo abierto por los fórceps tan malamente que todos, la partera, la madrina y el padre—habiendo perecido la madre en la operación sin poder dar su parecer—habían decidido que lo mejor era no mantener con vida semejante aborto. Había crecido en las viejas calles de Palma como un granuja, había conocido todo en Barcelona, la vida, la muerte, el derecho y el revés, la privación, la droga y el alcohol, el burdel, e incluso el ejército cuando se enroló con menos de dieciocho años, apenas terminada la guerra, y lo emplearon para trasladar los cuerpos de los torturados de 1939 al cementerio civil.

Todos, fueran lo que fueran, vividores, aprovechados, mentirosos, hipócritas, despreciaban aquello para lo que trabajaban, por empezar y ante todo, la masa humana que iría a hacer la cola a Broadway, a Champs-Élysées o a Leicester Square para ver sus películas. No creían en otra cosa que en el dinero y su poder. Estaban prestos a denunciar, a traicionar para llegar, y de haber dispuesto de ese botón mágico que permite mandar al rival a la trampa, el dedo se les habría entumecido de tanto apretarlo. Él, Juan Moguer, había soñado *Huracán*, una única, una última película digna del alma del *Azzar*, una película no para él, sino para Sarita, donde podría decirle quién era, donde podría mostrar lo que era verdaderamente el mundo en

sus comienzos, cuando no había en él ni aprovechados ni rufianes, ni amos ni esclavos, un mundo donde los piratas son los únicos caballeros, donde el mal es lavado por el alma sencilla de una pequeña *chabine*. Olvidaba que todo eso no era más que una quimera, que jamás se vuelve atrás.

Todo eso había pasado. Ahora, la rueda había girado, y estar cabeza abajo en cierto modo le daba a Moguer un sentimiento de consumación.

Sin embargo, había una imagen que no dejaba de perturbar su ensueño, que hubiera querido borrar, como se borra una mala réplica en un guión, como se consagran a la destrucción del tiempo la mayoría de las así llamadas eternas creaciones de la humanidad. El patio interior del hotel, en Medellín, iluminado por la luz de las lámparas de gas, con esas plantas verdes, las *loterías*,<sup>3</sup> que parecían artificiales. La vieja mujer agazapada como un piel roja, cerca de la puerta. Y sobre las baldosas musgosas del patio, bajo la lluvia, Maté tendida desnuda, la cabeza inclinada en un ángulo imposible, el cuello roto.

Y luego vino Nasima, entró en su vida, y todo hubiera podido cambiar. Si sólo hubiera sabido, si hubiese podido comprender.

---

<sup>3</sup> En castellano en el original. Planta tropical de las selvas de América Central y América del Sur, del género *dieffenbachia*, presenta en sus hojas verdes manchas claras que se interpretan como números de la suerte, de ahí su nombre común [N. del T.].

DE CÓMO NASIMA, DISFRAZADA DE VARÓN,  
SE EMBARCÓ A BORDO DEL *AZZAR*  
Y LO QUE VINO A CONTINUACIÓN

Al amanecer, yendo a su turno de guardia, Juan Moguer sintió su mirada atraída por lo que en principio creyó ser un montón de harapos dispuestos sobre la cubierta, a babor, contra el reborde de la caseta. El mar estaba calmo, un vago resplandor aclaraba una nube al este. La costa estaba ya lejos, sólo las altas montañas nevadas resplandecían al sol.

Moguer abrió la puerta de la caseta del timón y apuntó su linterna sobre el objeto insólito. En la penumbra, el montón de harapos se deshizo un poco con el viento y dos grandes ojos negros brillaron en un pequeño rostro oscuro que parecía el de un niño. Los ojos no expresaban miedo, tan sólo una intensa fatiga. Moguer juró, y pasado el primer momento de estupor, inclinándose sobre la borda comenzó a tirar hacia él la ropa y la persona que contenía. Pero ella era incapaz de moverse. Al principio intentó resistir, aferrándose con los puños a la caseta, luego se dejó ir, crispadas las manos sobre su manta. Al fin, Moguer la levantó y la depositó en el interior de la sala común.

Andriamena había salido de su catre y observaba la escena sin decir nada. A la luz de la lámpara de la sala,